

LA CRUZ

A la vista del Calvario, se adivina todavía en sus entrañas el infamante leño que, alzado para ser suplicio, fué glorioso signo de la redención humana.

El paganismo no pudo presentar nada tan patético como un Hombre-Dios muriendo en una cruz con su Madre á los pies. La Cruz elevada sobre el Gólgota fué como el rayo de sol que desciende de improviso al seno de las tinieblas y forma con ellas la aureola de su esplendor.

La Cruz tiene mucho de profético y providencial por su antigüedad. Las cruces, constaban de dos maderos, y eran de tres clases: la construida en forma de aspa X, que es la llamada hoy de San Andrés, por haber sido crucificado en ella dicho Apóstol, á la que se daba el nombre de *decussata*; la conocida con el nombre de *comunisa*, que tenía la figura de una T; y la llamada *inmissa*, que, aunque de la misma forma de la anterior, el palo perpendicular subía un poco más que el horizontal, con el objeto de dejar sitio para fijar la sentencia del delincuente.

El árbol de la vida del Paraíso (1), el Arca de Noé, donde se salvaron los restos del género humano (2), la vara de Moisés, que tantos prodigios realizó para salvar al pueblo de Israel de la esclavitud del Egipto (3), la escala de Jacob, que llegaba al cielo (4), la serpiente de metal, que hizo



Cuadro de JUAN LLIMONA. LLUM (Luz). Exposición París.

Moisés elevar en el desierto (5), la letra hebrea Thau con que el profeta Ezequiel vió que se marcaba á aquellos que habían de salvarse de la cólera del Señor (6), el leño que dulcificó las aguas amargas del desierto (7), los versos atribuidos á las Sibilas, en los que se habla de la Cruz por la que ha de salvarse el género humano y otras figuras semejantes, de que hacen mención la historia sagrada y profana, fueron otros tantos símbolos misteriosos de la Cruz del Salvador.

Jesucristo, para realizar el gran misterio de nuestra Redención, quiso morir en un patíbulo tan ignominioso como la Cruz.

No obstante haber muerto Jesús en la Cruz, continuó por mucho tiempo siendo todavía el patíbulo ordinario de los mayores delincuentes, hasta que Santa Elena, madre del Emperador Constantino, habiendo ido á visitar los Santos Lugares de la Palestina, encontró después de infatigables trabajos la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo por los años 326. Entonces fué cuando el Emperador, á instancias de su madre y en obse-

quio á la Cruz del Señor y á la de aquella otra que se le apareció en el cielo al ir á combatir contra Magencio, junto al puente Milvio con la inscripción: *In hoc signo vinces*, mandó ponerla con el monograma de Cristo en el *Lábaro*, y luego en los demás estandartes de las legiones romanas; y dió un decreto aboliendo enteramente en el imperio el suplicio manas; y dió un decreto aboliendo enteramente en el imperio el suplicio de la Cruz, prohibiendo que de allí en adelante se pudiese condenar á nadie á este género de muerte; cuya disposición se fué observando por todos los pueblos entre los cuales el Cristianismo se propagaba.

Entonces, como dice San Agustín, pasó la Cruz desde los suplicios, no sólo á los palacios y cámaras de los reyes, sino también á los templos y á los altares.

Los emperadores cristianos substituyeron á la figura de la victoria que dominaba el globo imperial, una cruz, cuyo uso se ha perpetuado entre los monarcas católicos; y desde este tiempo se colocó la imagen de la Cruz en los muros, en las casas, en las puertas, y la señalamos en la frente, y, al modo que el soldado no deja las armas abandonadas ni aún para comer y dormir, nosotros no abandonamos la señal de la Cruz ni en la mesa, ni en el lecho, ni en ningún lugar en donde nos encontramos, según la frase de San Juan Crisóstomo.

Tertuliano, Minucio, Máximo, Justino y San Jerónimo, hacen curiosas observaciones sobre la cruz, de las cuales cita Lipsio algunas, y entre ellas éstas:

«La cruz no es otra cosa que la forma cuadrada del mundo.

Las aves al volar toman la forma de la cruz.

El hombre, si reza ó nada, en forma de cruz lo hace.

El piloto no saca partido del mar, sino valiéndose de la forma de la cruz, ya haga uso de las velas, ya del remo.

El labrador se sirve de instrumentos con la forma de la cruz para hacer producir la tierra.

El racional se distingue de las bestias por la rectitud de su cuerpo y extensión de sus brazos, cuyo conjunto forma una verdadera cruz.»

San Cipriano, en su epístola á Nemesiano y compañeros, dice:

«El siervo de Jesucristo reconoce siempre el signo, el sacramento y el símbolo de su salvación; el que es redimido con el leño para la vida eterna, por el leño es también ensalzado á la vida eterna.»

Tertuliano, San Cipriano y otros Santos Padres hablan del signo de la Cruz como del símbolo habitual de los cristianos. Hacían el signo de la Cruz en la frente para enseñar á confesar el Evangelio; en la boca para animarse á profesarlo, y en el corazón para textificar su adhesión inviolable á los preceptos de Jesucristo.

No parece fué representado en la Cruz el Redentor antes del siglo III, pues, repugnando al genio griego retratar aquel tormento, le colocaban alguna vez en actitud triunfal con la banda regia ó la mitra pontifical. Posteriormente fué pintado como el hombre de todos los dolores, y alguna vez se le representaba con los pies separados, acusándose, por el contrario, á algunos herejes posteriores el representarlo con los pies sobrepuestos. Le faltan la corona de espinas y la herida en el costado, porque lo pintan moribundo, no muerto, y ya algunos tienen la inscripción I.N.R.I. Solamente en el siglo VII aparece el Crucificado con las escenas de la Pasión entre las Marías llorosas, y con el sol y la luna junto á su patíbulo. Cubríanle también de un traje largo que poco á poco se fué recortando; y Gregorio de Tours dice: «que habiéndole presentado desnudo por primera vez en el siglo VI, en la Catedral de Narbona, hizo el Obispo que lo cubriesen». Pero en 680 el Sinodo de Constantinopla autorizó para que se representara á Jesucristo bajo la forma de un hombre clavado en la Cruz.

No puede decirse Misa en ningún altar en que no haya entre las gradas, á la vista del celebrante, una Cruz con la imagen de Jesucristo.

Algunas Ordenes religiosas, como la de los Trapenses, ponen en su agonía á los monjes sobre un puñado de paja y una Cruz trazada en el suelo con ceniza bendecida, sobre la cual permanecen hasta que han expirado.

Los Patriarcas de Oriente obtuvieron en el Concilio IV de Letrán, siendo Pontífice Inocencio III, el permiso de llevar por uno de sus familiares una Cruz alta delante de ellos en ciertas ceremonias. Gregorio IX les prohibió usar de esta prerrogativa delante de los Cardenales, y después fué concedido este permiso á los Arzobispos y á ciertos Obispos.

La Cruz del Papa tiene tres brazos ó travesaños, dos la de los Arzobispos y uno la de los Obispos y Abades mitrados.

Distínguense hoy varias especies de cruces, á saber: la latina, que ha pasado á ser el símbolo de la Iglesia romana; la griega, que es propia de la iglesia cismática ó disidente de la romana; y otras especiales que dan nombre ó son el distintivo especial de varias Ordenes religiosas y militares, como la Cruz de Malta, Calatrava, Santiago, Montesa, Alcántara, Santo Sepulcro y otras.

En la Cruz, en fin, adoramos el lugar sagrado en que el Hijo de Dios colocó sus pies, su humanidad.

San Pablo dice que el cristiano debe gloriarse en la Cruz. San Juan Crisóstomo afirma que la Cruz es la esperanza de los cristianos, la resurrección de los muertos, guía de los ciegos, áncoa de los desesperados, freno de los poderosos, consuelo de los pobres, destrucción de los soberbios, piloto de los navegantes, padre de los huérfanos, apoyo de los desvalidos, custodia de los niños, ayo de los jóvenes, director de los hombres, y fin de los ancianos. San Juan Damasceno dice que la Cruz es la llave que nos abre las puertas del Paraíso. Y San Agustín dice, que cuando en el último día de los siglos venga el Señor á juzgar á los vivos y á los muertos, le precederá la Cruz, á la manera que ante los soberanos preceden sus estandartes ó insignias.

A. ARAGÓN FERNÁNDEZ
MISIONERO APOSTÓLICO.

VICTIMA DE SU OBRA

Cierto domingo del pasado verano llegué á un pintoresco pueblo del litoral catalán. No era día á propósito para iniciar los trabajos que allí me llevaban; y, por lo tanto, tuve que resignarme con la inactividad dominguera, que es la inactividad que más temo, cuando me sorprende en lugares desconocidos y en un medio desprovisto de toda amistad y relación local.

Sin norte ni plan determinado, discurría por la periferia de la población, como si declinara en la casualidad el encargo de proporcionarme motivo ú ocasión inesperada de disipar la murria que me dominaba.

De pronto *tropecé*, por decirlo así, con la iglesia, que se eleva á pocos metros de la plaza, en una de las calles que á ésta afluyen. Vi que algunos pequeños grupos de fieles entraban en el templo, presurosos y como si á tal hora, que era la tercera después del meridiano, les fuese habitual la observancia de un dominical deber religioso.

Llegó otra tanda de devotos, y confundido con ellos me escurrí al interior de la iglesia.

Aquella tarde había pomposa función en honor de no sé qué héroe ó heroína del *Flos sanctorum*.

¡Raro sermón el de ese buen pastor!, me dije mentalmente, luego que hube escuchado un corto fragmento de la oración sagrada que á su cristiana grey dirigía á la sazón el párroco del pueblo.

Voy á reproducir los principales conceptos de ella.

«Conviene estar bien con Dios, —decía,— y tener á toda hora predisuesta su infinita misericordia en favor nuestro. Pero, para alabarle en la medida que se merece y granjearnos su voluntad, basta observar sus sabios preceptos, inspirados en el amor y en el perdón, y no hay que ir ciega y sistemáticamente contra el siglo y sus progresos. Hablo así, porque sé de muchos que, víctimas de perniciosas preocupaciones, rechazan la ciencia como cosa que creen se opone á la religión. Nada tan falso: la ciencia no es enemiga de la religión, ni la religión es un obstáculo para la ciencia. Antes lo contrario, se dan ambas la mano y mutuamente se favorecen. Cuando paséis por un trance fiero de la vida, acudid á los auxilios de nuestra excelsa religión, que salva y consuela, pero tampoco habéis de desdeñar el poder de la ciencia. El enfermo de enfermedad peligrosa incurrirá en acto de impiedad rechazando los consuelos del sacerdote; más, cometería acto de temeridad é ignorancia, cerrando contra el médico y sus consejos. Considerad el caso reciente del infeliz forastero: faltóle un momento la fe en Dios, quiso conocer lo que no debía; y todos nosotros estamos aún bajo la impresión que nos produjo su fin rápido y triste.»

Al llegar á este punto de tan singular sermón, tomé la puerta de salida y, ya en la calle, dirigi mis pasos á la de mi alojamiento. Camino de éste, iba pensando en lo enmarañado y arlequinesco de aquella plática sagrada. La ciencia, la religión, las enfermedades, un forastero que se muere, un cura que se ocupa en todo ello, y lo lleva al púlpito en enigmática peroración ¡qué demonios decía ese santo predicador!

Ya en la hospedería, supe el siguiente caso:

Dos semanas antes había llegado al pueblo un hombre de mediana edad y no vulgar continente. Nadie en el lugar le conocía, ni pudo averiguar la curiosidad pública nada relacionado con el viajero. Al día siguiente



Cuadro de J. M. TAMBURINI. INOCENCIA. Exposición París.

abandonó la población, asegurando en la fonda donde se hospedaba que muy en breve regresaría, para completar ciertos estudios de las condiciones higiénicas de la localidad.

En efecto: pasados algunos días, se presentó de nuevo el forastero. Esta vez fué con carácter menos misterioso. Dijo llamarse fulano ó zutano y que su profesión era la de médico. Mostróse comunicativo con los que le rodeaban; muy interesado en conocer las propiedades salutaríficas de los aires y aguas de la región, y de modo especial en que se le enterase de la índole predominante de las enfermedades que acaso le eran típicas.



Cuadro de BALDOMERO GALOFRE. CAMINO DE POMPEYA. Exposición París.

(1) August. lib. II, contra Faust. c. 7.
(2) Sap. 10. 4.
(3) S. Aug. de Moysé. serm. XVIII.
(4) Genes. c. 28, v. 12.
(5) Núm. 21, 9.
(6) Ezequiel. 9, 4.
(7) August. in Exod. q. 571.



ALEGORIA DEL MES DE MARZO

G. CAMPS



Cuadro de FRANCISCO MASRIERA.

BACANTE

Exposición París.

Al poco tiempo de permanencia en el pueblo, empezó á dar manifiestas señales de impaciencia, haciendo frecuentes preguntas relacionadas con los correos y sus servicios. Por fin, cuatro días antes de aquel domingo en que el párraco pronunció el peregrino sermón que ya conocemos, el cartero puso en manos del forastero una carta certificada.

Horas después corría de boca en boca, entre los vecinos del pueblo, esta exclamación:

¡En la posada de la calle Mayor ha fallecido el forastero! ¿Qué forastero? preguntaban algunos que al parecer no estaban al tanto de la crónica local. Un médico, lleno de vida y salud, que por segunda vez venía al pueblo. El decía que su objeto era estudiar nuestro clima; pero no faltaba quien sospechase que la verdadera intención suya se encaminaba á formarse clientela en la población para fijar después su residencia definitiva en ella.

La imaginación popular, como se ve, corría á más correr. Lo único

demostrado, lo evidente, era que, efectivamente, el forastero había muerto casi de repente aquel mismo día, instantes después de haber recibido y leído la carta que, por las trazas, tanto esperaba. El Juzgado le encontró ya cadáver en su habitación. En la mesa, junto con otros documentos manuscritos de poca importancia, estaba, desdoblada, la carta funesta. Las diligencias practicadas arrojaron completa luz sobre aquel hecho que se presentaba con ribetes de misterio; y el informe médico pericial demostró que la lectura de aquella misiva determinó una crisis fatal para el forastero.

¿Quién era éste? ¿Cuál fué la causa de su inesperado fin? El procurador de los Tribunales, llamado A. y domiciliado en la ciudad de Barcelona, había sido invadido, asaltado, por una enfermedad nerviosa, muy común en los grandes centros de población, motivado al ambiente que en ellos se respira, preñado de miasmas deletéreos. Ocurrióle lo que es general en esa clase de afecciones, á saber, que apenas iniciada la suya, fué un mártir de su exaltada imaginación, de sus nervios siempre en tensión. No hay para qué hacer aquí el proceso de los varios fenómenos que acompañan al enfermo y son la característica de su enfermedad.

Nuestro *cardíaco*, pues así se calificaba, creía que iba á morir de un momento á otro. Esta era su obsesión. Y, sin embargo, los facultativos á quienes había consultado, no habían reconocido la existencia de un mal incurable. Decíanle, sí, que su corazón no funcionaba debidamente; pero á seguidas le aseguraban que ello era corregible, como se sujetare á tal ó cual plan terapéutico. Lejos de animarle, eso no hacía sino escamarle más y más. Un día, concibió un proyecto maquiavélico, el cual puso en práctica acto continuo.

Fuése á un pueblo cualquiera, al primero que se le ocurrió. La cosa consistía en no conocer ni ser conocido. Llegó, y la primera y única diligencia se redujo á escribir una carta á la que dió curso desde allí. Decía así la carta: «Respetable doctor y maestro: uno de estos días le visitará á usted un cliente y convecino mío. Padece una grave afección cardíaca, cuyo desenlace es de sospechar. Deseo, empero, que una autoridad tan grande como la suya observe á mi enfermo, para mejor ilustrar mi criterio. Como dejo dicho, mi enfermo se presentará á usted; y usted, á su vez, hágame el favor de escribir, pasados tres ó cuatro días, enterándome de la impresión que le haya producido.»

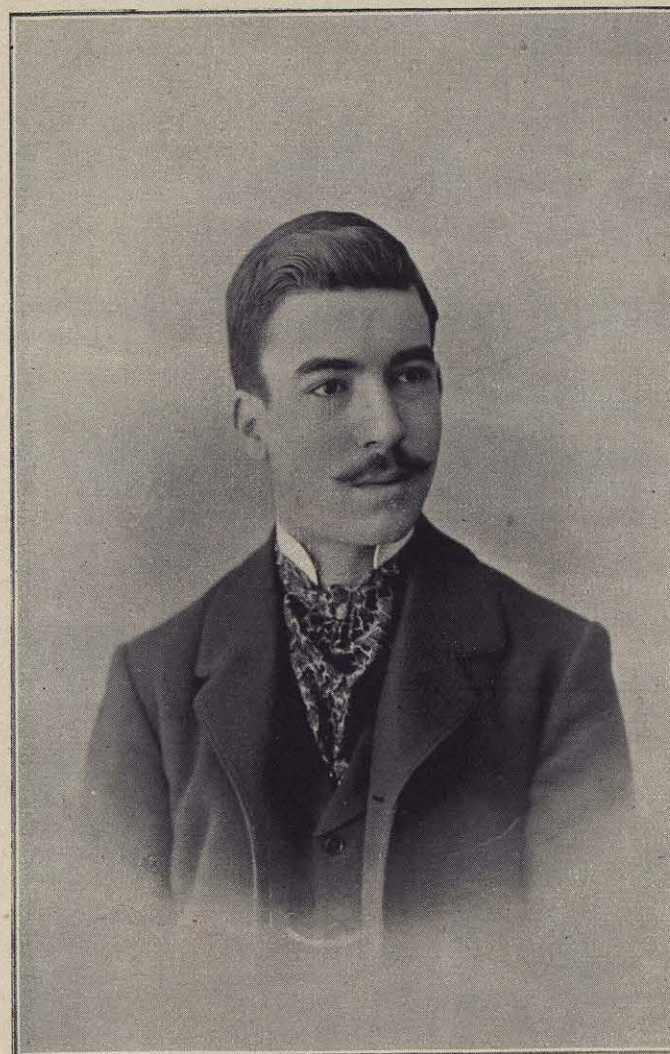
El especialista de nuestra ciudad recibió este peligroso aviso, al cual siguió la visita del imprudente enfermo. Atendióle con especial interés; dióle seguridades de que su mal no era cosa de cuidado, y, al despedirse, «puede usted decirle á mi buen colega, el médico de su pueblo, que en oportunidad le escribiré dándole instrucciones;» dijo.

Y, en efecto, el *real* galeno urbano escribió antes de una semana al imaginario galeno rural la siguiente esquela:

«Querido doctor: su cliente es hombre perdido. No quisiera ser profeta; pero, desgraciadamente, creo que en la presente ocasión lo seré. El pobre recomendado suyo no vivirá dos meses más. Tan avanzada estimo su afección.»

Lo demás, el lector lo adivinará fácilmente. El infeliz, satisfecho de su ingeniosa combinación, regresó al pueblo á la espera de una contestación que debía serle funesta. La contestación llegó al fin, y con ella el rayo que debía herir de muerte al receptor, de quien puede en verdad decirse que fué víctima de su propia obra.

Y ahora, asociando ideas, llevo mi pensamiento al sermón aquél, y considero que en su fondo había, dentro de una gran intención moral, un consejo de alta utilidad higiénica.



JUAN ALSINA. Fot. Alberto Kern.

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

ANTONIO ASTORT